

LA OLLA

(*Aulularia*)

ARGUMENTO PRIMERO (54)

Euclión, viejo avaro que no se fía de nadie, ha encontrado enterrada en su casa una olla llena de riquezas. Después de volver a esconderla, pálido de emoción y demente, la vigila. Su hija ha sido comprometida por Licónides. Mientras tanto, el viejo Megadoro, a quien su hermana ha convencido de que se casara, pide la mano de la hija de nuestro avaro. El viejo avaricioso accede a ello con mucha dificultad y, siempre temeroso de su olla, la esconde en diferentes lugares después de sacarla de su casa. Todo este movimiento es seguido por el esclavo de Licónides, el forzador de la doncella. Y el propio Licónides ruega a su tío Megadoro le ceda por esposa a la mujer que ama. Poco después, Euclión, habiendo perdido la olla por engaño y encontrándola de nuevo inesperadamente, otorga satisfecho a Licónides su hija.

ARGUMENTO II

(Acróstico)

Habiendo encontrado una olla llena de oro, Euclión pone su empeño en guardarla. Ello le causa mil sobresaltos y angustias. Licónides seduce a la hija de Euclión. Megadoro pretende hacerla su mujer, sin dote alguna, y, para que el padre consienta, facilita cocineros y provisiones de boca. Euclión pasa un miedo terrible por su oro. Lo esconde fuera de casa. El esclavo del seductor, habiéndolo visto todo, le roba el tesoro. Licónides lo devuelve a Euclión, y entonces recibe de él oro, mujer y un hijo.

PERSONAJES

EL DIOS LAR, actuando como prologuista
EUCLIÓN, viejo
ESTÁFILA, vieja sirvienta de Eución; nodriza de Fedra
EUNOMIA, hermana de Megadoro; madre de Licónides
MEGADORO, viejo
ESTRÓBILO, esclavo de Megadoro
ANTRAX } cocineros
CONGRIÓN }
FRIGIA
ELEUSIA
PITÓDICO, esclavo
ESTRÓBILO, esclavo de Licónides
LICÓNIDES, joven amante de Fedra
FEDRA, hija de Eución
AZOTADORES, FLAUTISTAS, etc.

La escena en Atenas

PROLOGO

EL DIOS LAR

El dios Lar. — Que nadie se pregunte quién soy. Lo diré yo mismo en pocas palabras. Yo soy el Lar doméstico de esta casa de donde me habéis visto salir (55). Hace ya mucho tiempo que habito entre estas paredes, desde tiempos del padre y del abuelo de éste que en ellas vive hoy día. Y, ahora, vamos a tratar de algo más importante.

El abuelo de este hombre, a escondidas de todo el mundo, confiome un depósito de oro: lo enterró en medio del hogar, suplicándome humildemente que lo guardara. Murió el hombre, ¡y mirad si era avarientol, sin haberlo revelado nunca a su hijo. Prefirió antes dejarle sin recursos que indicarle... ¡a su propio hijo!... la situación de aquel tesoro. Dejóle un triste campo para que pudiera ir viviendo miserablemente. Cuando aquel que me confió el oro hubo desaparecido, púseme a observar si el hijo me trataría con más honra que lo hiciera su padre. Pero éste se cuidaba cada vez menos de mí y apenas me rendía culto. A cambio de esto le hice yo el mismo juego: tal como había vivido, así murió. Dejó un hijo, el que vive ahora aquí, idéntico por las costumbres a su padre y a su abuelo. Éste tiene, a su vez, una hija única, pero que cada día me ofrenda con incensos, vino o algo más. Y aun me obsequia con coronas.

Por consideración a ella, hice que Eución descubriera el tesoro. A fin de que pudiera casarla más libremente, si tal era su deseo. Pues la deshonoró un joven de muy alto linaje...

El no ignora quién es ella: su víctima. Pero ella no le conoce, ni sabe tampoco su padre lo que le ha sucedido. Yo haré hoy que el viejo de aquí al lado (*señala la casa de Megadoro*) pida su mano. Lo haré por esto, para facilitar el que aquel que la deshonró se case con ella. Y este viejo que pidió su mano es precisamente el tío del joven que la violó una noche, la víspera de Ceres. Pero he aquí que el viejo llama ya, allí dentro, tal como tiene por costumbre. Echa a la vieja de casa, para que no conozca el secreto. Creo que desea visitar su tesoro, no sea que se lo hubieran robado.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

EUCIÓN y ESTÁFILA

Eución. — (*Haciendo salir de casa a su vieja criada.*) ¡Sal de aquí, te digo! ¡Anda, márchate! ¡Por Hércules!, que saldrás de aquí, tú que no haces más que fisgar con esos ojos reventones.

Estáfila. — Pero, ¿por qué me pegas? ¡Desdichada de mí!

Eución. — Pues para que seas una desgraciada, y también para que tengas una mala vejez, digna de tu maldad.

Estáfila. — ¿Qué motivos tienes para echarme ahora de casa?

Eución. — No tengo por qué darte explicaciones, ¡parva de azotes! ¡Vete a otra parte, lejos de esa puerta! Marcha por allí. Miradla cómo se va. ¿Sabes lo que te espera? ¡Por Hércules! Si cojo hoy un palo o un látigo, he de alargarte este paso de tortuga.

Estáfila. — (*Aparte.*) Más me valiera que los dioses hicieran que me ahorcara, antes que servir en tu casa en estas condiciones.

Eución. — (*Aparte.*) ¡Pero cómo murmura, entre dientes, la maldita! (*A Estáfila.*) ¡He de arrancarte estos ojos, para que no puedas acecharme a cada paso! Retírate más, más todavía, mucho más... ¡Más!... Bueno, quédate ahí. Te juro, ¡por Hércules!, que si osas moverte de donde estás sólo un dedo, o lo grueso de una uña, o si te vuelves para mirar hasta que yo te lo mande, te he de poner en seguida en una cruz para que aprendas. (*Aparte.*) Seguro

estoy de no haber visto nunca una mujer más criminal que esta vieja. Mucho temo que me dé algún chasco, a traición. O que huela algo del sitio donde está escondido el oro. ¡Hasta en el cogote tiene ojos, esa maldita! Dejadme ir, ahora, a ver si el oro se halla tal como yo lo dejé al esconderlo. ¡Triste de mí, cuántas congojas me da! (*Entra en su casa.*)

ESCENA II

ESTÁFILA

Estáfila. — (*Sola, en la calle.*) ¡No, por Cástor! No sé explicarme qué desgracia le ha caído encima a mi amo, o qué locura le domina. De tal forma, ¡triste de mí!, me echa a menudo de cada diez veces en un día. No sé, ¡por Pólux!, qué frenesí atormenta a ese hombre. Se pasa las noches en vela, y durante el día está siempre sentado en casa como un zapatero cojo. Ni sé tampoco cómo encubriré por más tiempo la deshonra de la hija del amo, que está a punto de dar a luz. Yo creo que lo mejor que puedo hacer es colgarme del techo por el cuello, hasta estirarme como una I mayúscula.

ESCENA III

EUCLIÓN Y ESTÁFILA

Euclión. — (*Saliendo de casa.*) Salgo de casa con el corazón más tranquilo, pues he visto que dentro queda todo en buen estado. (*A Estáfila.*) ¡Vuelve ahora a casa y guarda el interior!

Estáfila. — (*Con ironía.*) ¡Entendido! ¿Que guarde el interior? ¿Para que alguien no se lleve las paredes? Porque lo que es aquí, en nuestra casa, los ladrones no podrían llevarse más que eso. ¡Tan llena está de vacío y de telarañas!

Euclión. — Extraño parece que, por tu buena cara, no haga Júpiter de mí un rey Filipo, o un Darío.

Estas telarañas quiero que me las guarden. Soy pobre, lo digo en voz alta. Y me resigno a ello; lo que los dioses me envían, lo acepto. Entra y cierra la puerta. En seguida vuelvo. Cuida que no entre en casa ninguna persona forastera. Para que nadie pueda pedirte fuego, quiero que lo apagues. Así no habrá nadie que tenga algún pretexto para llamar. Si al volver no está apagado, te apago a ti al instante. Si vienen a pedirte agua, diles que se ha derramado. El cuchillo, el hacha, el mortero, es decir, esos utensilios que los vecinos no se cansan nunca de pedir prestados, dirás que han entrado ladrones y se los han llevado. Está claro: en mi casa, estando yo fuera, no quiero que se deje entrar a nadie. Te diré más aún: si la diosa Fortuna viniere, ciérrale también la entrada.

Estáfila. — ¡Por Pólux! Creo que ésta poco debe preocuparse de venir, puesto que nunca ha puesto los pies en esta casa, a pesar de estar tan cerca.

Euclión. — Bueno, calla y entra.

Estáfila. — Callo y entro.

Euclión. — Haz el favor de cerrar la puerta con doble cerrojo. En seguida estoy de vuelta.

ESCENA IV

EUCLIÓN

Euclión. — Mi alma se destroza cada vez que tengo que alejarme de mi casa. Hercules sabe cuánto siento el abandonarla. Pero bien sé por qué lo hago. Pues nuestro presidente, el de nuestra Curia, ha anunciado que va a distribuirnos una moneda por cabeza. Si no voy y dejo de reclamar mi parte, sospecharán todos al momento que tengo oro en casa. No es de creer que un pobre rehuse una moneda, por pequeña que sea. Porque lo que es ahora, a pesar de esforzarme en tenerlo escondido de todos para que lo ignoren, parece que todo el mundo está al corriente de ello, y me saludan todos con más amabilidad que antes. Se me acercan, me paran, es-

trechan mi mano; pregúntame cómo me encuentro, qué hago, cómo van mis cosas... Ahora, dejadme ir adonde he dicho. Luego, volveré a meterme en casa tan de prisa como me sea posible.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

EUNOMIA Y MEGADORO

Eunomia. — Yo no quisiera, hermano, que vieses en esto que digo otra cosa sino el interés de mi afecto y de tu bienestar, tal como corresponde a una verdadera hermana. No ignoro que a las mujeres se nos tiene por charlatanas hasta la pesadez, y ciertamente se dice que ni ahora ni nunca se pudo encontrar una que fuese muda. A pesar de todo considera, hermano, tan sólo una cosa: que yo soy tu pariente más próximo, y que de la misma manera tú lo eres de mí. Justo es, pues, que todo aquello que nosotros creamos de mutuo interés nos lo comuniquemos recíprocamente, sin callarnos nada por miedo o simple reparo. Y es por esto por lo que te hice salir reservadamente, para poder hablarte de lo que interesa a tu casa...

Megadoro. — Venga esa mano, mujer excelente.

Eunomia. — ¿Dónde está? ¿Quién es esta mujer excelente?

Megadoro. — ¡Tú!

Eunomia. — ¿«Tú», dices?

Megadoro. — Si dices que no, digo que no.

Eunomia. — Ciertamente, un hombre como tú debería decir la verdad. Porque ninguna mujer puede ser acogida por excelente. Sólo las hay unas menos malas que otras, hermano.

Megadoro. — Lo mismo pienso yo, y puedes estar tranquila, pues nunca te discutiré sobre este punto.

Eunomia. — Bueno, haz el favor de escucharme.

Megadoro. — Te escucho. Dispón y manda, si algo quieres de mí.

Eunomia. — Lo que voy a aconsejarte es lo que más conveniente me parece para tu interés.

Megadoro. — Conozco bien, hermana, tu manera de ser.

Eunomia. — Descaría que fuese un hecho.

Megadoro. — ¿De qué se trata, hermana?

Eunomia. — De que tu felicidad sea eterna, a fin de que puedas procrear hijos...

Megadoro. — (Con ironía.) ¡Los dioses no se opongan!

Eunomia. — (Continuando.) ...Quiero que traigas una mujer a tu casa.

Megadoro. — ¡Ay, soy hombre muerto!

Eunomia. — ¿Y por qué?

Megadoro. — ¡Triste de mí! Porque lo que dices me atormenta el cerebro. Tus palabras son como piedras.

Eunomia. — Anda, haz lo que tu hermana te aconseja.

Megadoro. — Si lo deseara, no digo que no.

Eunomia. — Es en beneficio tuyo.

Megadoro. — ¡Sí, que me muera antes de casarme! Si la tienes escogida ya, la tomaré, pero con esta condición: que venga mañana, y que pasado mañana se la lleven muerta. Con esta condición, puedes darme la mujer que te parezca. Ya puedes empezar los preparativos para la boda.

Eunomia. — Puedo ofrecerte una mujer con una dote importante, hermano. Pero ya es de alguna edad: ha pasado ya la juventud. Si me dices que la desees, hermano, te la pediré.

Megadoro. — ¿Me permites una pregunta?

Eunomia. — ¡Ya lo creo! Pregunta, si algo se te ofrece.

Megadoro. — Cuando un hombre ya maduro toma una mujer de media edad, si por casualidad el viejo deja encinta a la vieja, ¿no te parece claro que el recién nacido tiene ya ganado un nombre por adelantado: «Póstumo»? Pero yo, hermana, puedo ahorrarte y allanarte este trabajo. Gracias a los dioses y a nuestros antepasados, soy un hombre bastante rico. No me seducen estas grandes ocasiones, todo

este aparato, estas dotes espléndidas, este ajetreco, estos aires de mando, estas carrozas de marfil, estos mantos y esta púrpura, que con el gasto que traen consigo reducen a la esclavitud a los maridos.

Eunomia.—Dime, te lo ruego, ¿quién es la que deseas tomar por esposa?

Megadoro.—Te lo diré. ¿Conoces a ese viejo Euclión, vecino nuestro, el pobre?

Eunomia.—Le conozco. Una buena persona, ¡por Cástor!

Megadoro.—Pues su hija, doncella aún, deseo que se me dé por esposa. No me vendas ahora con monsergas. Sé lo que vas a decirme: que es pobre. Me place, pobre como es.

Eunomia.—¡Que los dioses te protejan!

Megadoro.—Así lo espero.

Eunomia.—¿Qué? ¿Deseas algo de mí, ahora?

Megadoro.—Que te vaya bien.

Eunomia.—Lo mismo te digo, hermano. (*Vase.*)

Megadoro.—Iré a hablar con Euclión, si está en su casa. Pero, ahí viene. No sé de dónde vendrá ahora.

ESCENA II

EUCLIÓN Y MEGADORO

Euclión.—(*Aparte.*) Ya me lo decía el corazón, cuando salí, que no sacaría nada de provecho. Por eso me fui de mala gana. En efecto, ningún miembro de la Curia vino, ni el presidente a quien correspondía repartir el dinero. Y ahora apresúrome para volver a casa. Porque mi pensamiento está en ella, aunque mi cuerpo esté aquí.

Megadoro.—Buenos días, Euclión. Y que la suerte te acompañe siempre.

Euclión.—Los dioses te guarden, Megadoro.

Megadoro.—¿Y tú, cómo vas? ¿Te encuentras bien y tal como desas?

Euclión.—(*Aparte.*) No es sin algún motivo que un rico dirige palabras amables a un pobre. Este

hombre ha oído ya decir que yo tengo el oro y es por esto que me saluda tan afectuosamente.

Megadoro.—Dime, ¿te encuentras bien?

Euclión.—¡Por Pólux!, no muy bien... de dinero.

Megadoro.—Si no te falta tranquilidad, ¡por Pólux!, ya tienes lo suficiente para vivir bien.

Euclión.—(*Aparte.*) ¡Por Hércules! La vieja le habrá hablado del oro; bien claro se ve. En cuanto llegue a casa he de cortar la lengua y arrancarle los ojos.

Megadoro.—¿Qué estás hablando a solas?

Euclión.—Me lamento de mi pobreza. Tengo una hija ya mayor, sin dote y difícil de casar. Y no encuentro quien la pretenda.

Megadoro.—¡No digas tal cosa! Tranquilízate, Euclión. Tendrá dote; yo te ayudaré. Si algo necesitas, puedes mandarme.

Euclión.—(*Aparte.*) Algo busca el que promete. Enseña los dientes para devorar mi oro. En una mano tiene la piedra, mientras en la otra muestra el pan. No me gusta ver a un rico que halague tanto a un pobre. Allí donde pone cordialmente la mano, deja caer algún perjuicio. Los conozco yo a esos pulpos que, cuando han tocado alguna cosa, ya no la sueltan.

Megadoro.—Escúchame un momento. Hay algo, Euclión, referente a nuestro bien común, tanto mío como tuyo, de que quiero hablarte en pocas palabras.

Euclión.—(*Aparte.*) ¡Ay, pobre de mí! Me habrán tocado ya el oro, allí dentro. Ahora éste, ¡como si lo viera!, quiere arreglar conmigo las cosas. Pero, voy a casa, para ver. (*Entra corriendo en su casa.*)

Megadoro.—¿Dónde vas?

Euclión.—Vuelvo en seguida. Necesito ver algo en mi casa.

Megadoro.—(*Solo.*) Seguro estoy, ¡por Pólux!, que en cuanto le haya indicado que me dé su hija por esposa, va a pensar que me río de él. Pues, hoy, nadie hay que piense tanto en su pobreza.

Euclión.—(*Volviendo a salir.*) Los dioses me protegen. Todo está a salvo. Salvado está aquello que no se ha perdido. ¡Como sufrí! Antes de entrar

estaba como muerto. (A Megadoro.) Vuelvo a ti, Megadoro, por si algo se te ofrece...

Megadoro. — ¡Favor que me haces! Te ruego no vaciles en hablar de lo que yo te pregunte.

Eución. — Mientras no me preguntes algo que me haga vacilar al hablar...

Megadoro. — Dime, ¿qué piensas de mi linaje?

Eución. — Bueno.

Megadoro. — ¿Y de mi solvencia?

Eución. — Buena.

Megadoro. — ¿Y de mi conducta?

Eución. — Ni mala ni denigrante.

Megadoro. — ¿Sabes la edad que tengo?

Eución. — Sé que es crecida, como tu capital.

Megadoro. — Lo que es yo, ¡por Pólux!, siempre te consideré un ciudadano sin mácula, y sigo considerándote igual.

Eución. — (Aparte.) Éste husmea el oro. (A Megadoro.) Bueno, ¿qué me quieres?

Megadoro. — Ya que tú me conoces tal como soy, y yo a ti..., ¡ojalá que todo salga bien, tanto para mí como para ti y tu hijal..., te pido a tu hija por esposa. Prométeme que será así.

Eución. — ¡Ay, Megadoro! Lo que estás haciendo no es propio de tu carácter: reírte de mí. ¡De un pobre hombre que ningún mal te ha hecho, ni a ti ni a los tuyos! No merecí de ti tal cosa, ni con mis actos ni con mis palabras.

Megadoro. — Pero yo, ¡por Pólux!, no vine a reírme de ti. ¡Ni me río ahora, ni te considero digno de risa por ninguna razón!

Eución. — Pues, ¿por qué me pides la hija?

Megadoro. — Para que tú vayas mejor gracias a mí, y vaya yo mejor gracias a ti y los tuyos.

Eución. — He ahí lo que pienso, Megadoro: tú eres un hombre rico, de posición; yo, en cambio, soy un hombre pobre, pobrísimo. Si te diera ahora mi hija, me produciría el mismo efecto que si tú fueras el buey y yo el borrico: en cuanto fuera uncido en la misma coyunda, no pudiendo resistir el peso como tú, yo, el asno, me hundiría en el fango, y tú, el buey, no me mirarías con más consideración que si

nunca hubiera existido. Me tratarías con dureza, y yo sería el hazmerreír de la gente de mi brazo. En ninguno de los dos bandos encontraría establo seguro si llegara el divorcio: los asnos me desgarrarían a mordiscos, y los bueyes me embestirían con los cuernos. Existe éste gran peligro al pasar de asnos a bueyes.

Megadoro. — (Aparte.) Cuanto más de cerca te unas con las buenas personas, mejor. (A Eución.) Acepta esta proposición: óyeme de grado y concédemela.

Eución. — Es que no tengo dote que darle.

Megadoro. — No se la des. Mientras tenga buenas costumbres, bastante bien dotada estará.

Eución. — Te digo esto para que no te creas que he encontrado tesoros.

Megadoro. — Lo sé, no es necesario que me lo digas. ¡Concédemela!

Eución. — ¡Así sea! (Oyendo golpes de legón cericanos.) Pero, ¡por Júpiter!, ¿es que soy hombre muerto?

Megadoro. — ¿Qué te pasa?

Eución. — (Sin escuchar a Megadoro.) Un ruido como de hierro ahora mismo que no sé lo que será. (Huye hacia su casa.)

Megadoro. — Hice cavar el jardín de mi casa. (Dándose cuenta de la desaparición de Eución.) Pero, ¿dónde se habrá metido este hombre? Se ha ido sin decirme nada en concreto. Se muestra altanero hablando conmigo porque ve que busco su amistad. ¡Así es la gente! Cuando un rico se acerca a un pobre y solicita su trato, el pobre huye de él: el miedo le pierde. Aquello mismo, cuando la ocasión ha pasado, lo quisiera después, pero ya no puede volver atrás; es demasiado tarde.

Eución. — (Volviendo. Desde la puerta de su casa, a Estáfila.) ¡Por Hércules! Si no hago que te arranquen la lengua de raíz, te ordeno, y me hago responsable de ello, que me lleses a un castrador para hacer de mí lo que quiera.

Megadoro. — Veo, Eución, ¡por Hércules!, que me tomas por un hombre hecho expreso para ser

objeto de burlas, a pesar de sus años. No me lo tengo merecido.

Eución. — Megadoro, ¡por Pólux!, que ni lo hago ni podría hacerlo, aunque quisiera.

Megadoro. — Bueno, ¿y qué? ¿Me concedes tu hija?

Eución. — Con aquella condición, con la dote que te he indicado.

Megadoro. — ¿Me la prometes, pues?

Eución. — Te la prometo.

Megadoro. — ¡Que los dioses nos ayuden!

Eución. — ¡Así lo hagan! Procura no olvidar lo que hemos convenido, que mi hija no te traerá dote alguna.

Megadoro. — No lo olvido.

Eución. — Es que yo conozco vuestra manera de embrollar las cosas; lo que fue pactado, no fue pactado, y lo que no fue pactado, fue pactado, según como os plazca.

Megadoro. — Entre nosotros no ha de haber discusión alguna. Pero, ¿hay algo que impida celebrar hoy la boda?

Eución. — Al contrario, ¡por Hércules! De acuerdo.

Megadoro. — Iré, pues, a hacer los preparativos. ¿Se te ofrece algo más?

Eución. — Esto: que sigas bien.

Megadoro. — (*Llamando a su esclavo.*) Vamos, Estróbilo, acompáñame en seguida al mercado. ¡Pronto! (*Vase.*)

Eución. — (*Solo.*) Se fue. ¡Dioses inmortales, si os place, he ahí lo que puede el oro! Convencido estoy de que este hombre está ya enterado de que tengo un tesoro en casa. Lo codicia, y por eso tuvo tanto interés en esta boda.

ESCENA III

EUCLIÓN Y ESTÁFILA

Eución. — (*Acercándose a la puerta de su casa y gritando.*) ¿Dónde estás tú que has ido ya charlando a todos los vecinos que voy a dar una dote a mi hija? ¡Eh, Estáfila, te estoy llamando! ¿No me oyes? (*Sale Estáfila a la puerta.*) Apresúrate a lavar bien nuestros platos. He prometido la hija: hoy la entrego como esposa a Megadoro, nuestro vecino.

Estáfila. — ¡Los dioses nos amparen! Pero, ¡por Cástor!, esto no es posible: es demasiado repentino.

Eución. — Calla y vete. Cuida que todo esté preparado cuando vuelva de la plaza. Y cierra bien las puertas. En seguida estaré de vuelta. (*Vase.*)

Estáfila. — Y ahora, ¿qué haré? Bien apañados estamos, yo y la hija del amo. Se acerca el momento en que su deshonra y el parto se harán públicos. Lo que ha sido hasta ahora disimulado y oculto, ya no podrá serlo más. Entremos para que lo ordenado por el amo esté hecho cuando llegue. Lo que es yo, ¡por Cástor!, mucho me temo que no tenga que beber daño mezclado con tristeza.

ESCENA IV

ESTRÓBIL, esclavo de Megadoro; ANTRAX, CONGRIÓN FRIGIA, ELEUSIA, y dos FLAUTISTAS

Estróbilo. — Después de ir a la plaza y contratar los cocineros y estas flautistas en el Foro, el amo me ha encargado de dividirlo todo en dos partes.

Antrax. — Lo que es a mí, ¡por Hércules!, te diré muy alto que no me lo vas a hacer. Si deseas que vaya a algún sitio, todo entero, estoy a tus órdenes.

Congrion. — (*Para Antrax.*) ¡Ay, el bello y púdico muchacho a disposición de cualquiera! Después, si

alguien quiere hacértelo, no serás tú quien no lo quiera.

Estróbilo. — Lo que dije, Antrax, tiene otro sentido del que tú le das. Pues, ¿ya sabes que el amo celebra hoy su boda?

Antrax. — (A *Estróbilo.*) ¿Con quién se casa?

Estróbilo. — Con la hija de nuestro vecino Euclión. Por esto me mandó entregarle la mitad de la compra, uno de los cocineros y también una de las flautistas.

Antrax. — Dices... ¿la mitad aquí (*señala la casa de Euclión.*) y la otra mitad a tu casa?

Estróbilo. — Eso digo.

Antrax. — ¿Qué? ¿No podía el viejo hacer las compras por su cuenta para la boda de su hija?

Estróbilo. — ¡Vamos, hombre!

Antrax. — ¿Quién se lo impide?

Estróbilo. — ¿Me preguntas quién se lo impide? La piedra pómez no es tan seca como este viejo.

Antrax. — ¿De veras?

Congrión. — ¿Es tal como tú dices?

Estróbilo. — Júzga tú mismo: se pasa la vida lamentándose de que lo ha perdido todo y no le queda nada. Más aún: invoca en seguida la fe de los dioses y de los hombres cuando un poco de humo se escapa por su tejado. Y cuando se va a dormir se aplica a la boca un fuelle.

Antrax. — ¿Para qué?

Estróbilo. — Para no perder los últimos soplos de su aliento cuando está durmiendo.

Antrax. — ¿Y las otras bocas de su cuerpo? ¿Las tapa también para no desperdiciar los soplos cuando duerme?

Estróbilo. — Justo es que te fies de mi palabra. Puedes creerme igual como yo me fio de ti.

Antrax. — (Irónicamente.) ¡Vaya si me fio!

Estróbilo. — Y, ¿no lo sabes todavía? ¡Por Hércules!, que cuando se baña está llorando por la cantidad de agua que se derrama.

Antrax. — ¿Te parece a ti que si se lo pedimos conseguiremos que este viejo nos dé un buen talento para comprar nuestra libertad?

Estróbilo. — ¡Por Hércules! Si le pidieras prestada el Hambre, no te la daría. Te diré más: el otro día le cortó el barbero las uñas, pero él fue recogiendo los recortes y se los llevó a casa.

Antrax. — ¡Por Pólux! Estás hablando de un hombre extremadamente avaricioso.

Estróbilo. — ¿Te parece admisible, con franqueza, que un hombre pueda ser tan mezquino y vivir así tan miserablemente? Hace unos días le quitó la comida un milano. Corre el hombre afligido a casa del pretor... Una vez allí, no cesa de pedir, llorando y aullando, que se le permitiera instruir un proceso contra el milano. Muchas más cosas te contaría como ésas si tuviera tiempo. Pero, ¿cuál de vosotros es más trabajador? Dime.

Antrax. — Yo, sin discusión alguna.

Estróbilo. — Pregunto: como cocinero, no como ladrón.

Antrax. — Como cocinero, me refiero.

Estróbilo. — (A *Congrión.*) Y tú, ¿qué dices?

Congrión. — Yo soy tal como tú me ves.

Antrax. — ¿Este? Es un cocinero sobrero para los días de mercado. Sólo tiene ocupación cada nueve días.

Congrión. — (A *Antrax.*) ¿Tú me atacas? Hombre de seis letras: ¡ladrón!

Antrax. — ¡El ladrón eres tú, seis veces más!

Estróbilo. — (A *Antrax.*) Cállate de una vez, y mira cuál de estos dos corderos es el más gordo.

Antrax. — ¡Sea!

Estróbilo. — Tú, Congrión, cárgatelo en la espalda y anda para adentro. (*Señalando la casa de Euclión.* Luego, dirigiéndose alternativamente a los dos grupos en que ha dividido el servicio.) Vosotros seguidle. Y vosotros venid acá, a nuestra casa.

Congrión. — (A *Estróbilo.*) ¡Por Hércules! Has repartido muy mal. Ellos se llevan el cordero más gordo.

Estróbilo. — En cambio te darán a ti la flautista más gorda. Ve con él, Frigia. Y tú, Eleusia, entra con nosotros.

Congrión. — ¡Ah, pícaro de Estróbilo! ¿Me has

arrinconado aquí, a casa del avaro? Si pido alguna cosa, seguramente tendré que desgañarme antes de que me la den.

Estróbilo.—(Como si hablara para sí mismo.) ¡Qué tonto eres! De nada vale hacer favores si lo que haces no sirve para nada.

Congrión.—¿Qué estás diciendo?

Estróbilo.—¿Me lo preguntas? Para empezar, en esta casa no hallarás demasiada gente. Si algo necesitas, te lo traes contigo de tu casa. No tienes para qué perder el tiempo pidiéndolo. En cambio aquí, en nuestra casa, reina la confusión, y abunda el mobiliario, las joyas, los vestidos y la vajilla de plata. Si algo desaparece, y sobre este punto sé que fácilmente te abstienes si nada hay al alcance de la mano, dirán: «¡Los cocineros lo han robado! ¡Detenedles, atadles, azotadles, encerradles en los sótanos!» Nada semejante podrá ocurrirte aquí, porque nada hay que puedas coger. ¡Sígueme por aquí!

Congrión.—Te sigo. (Vanse los dos, así como lo parte del servicio correspondiente, hacia la casa de Euclión.)

ESCENA V

ESTRÓBILLO, ESTÁFILA Y CONGRIÓN

Estróbilo.—¡Eh, Estáfila, ven y abre la puerta!

Estáfila.—¿Quién llama?

Estróbilo.—Soy Estróbilo.

Estáfila.—¿Qué deseas?

Estróbilo.—Que te hagas cargo de los cocineros. de la flautista y de las provisiones para la boda. Megadoro ha ordenado traer todo esto a Euclión.

Estáfila.—¿Son acaso las bodas de Ceres las que van a celebrarse, Estróbilo?

Estróbilo.—¿Por qué lo dices?

Estáfila.—Porque observo que no habéis traído una sola gota de vino.

Estróbilo.—Ya lo traerán cuando él regrese de la plaza.

Estáfila.—(A Congrión.) No tenemos leña en casa.

Congrión.—¿No hay vigas en el techo?

Estáfila.—¡Sí, por Pólux!

Congrión.—Pues ya la hay. ¡No vayas a buscarla fuera!

Estáfila.—Dime, desalmado, por muy entusiasta que seas de Vulcano, ¿te atreverías a pegar fuego a la casa por esta cena o para asegurarte el salario?

Congrión.—No lo pretendo.

Estróbilo.—(A Estáfila.) Déjalos entrar.

Estáfila.—Venid conmigo.

ESCENA VI

PITÓDICO

Pitódico.—(Saliendo de casa de Megadoro.) ¡Daos prisa! Mientras tanto voy a ver lo que hacen los cocineros. ¡Por Pólux!, cuesta no poco trabajo vigilarlos. Si esto no hiciera, que hagan la cena en los sótanos. Cuando esté todo preparado, lo subiremos en unas cestas. Pero si allá abajo se comen todo lo que vayan cociendo, los de arriba se quedarán sin cenar. Mas estoy charlando sin provecho, como si no hubiera nada que hacer, con tantos pícaros metidos en casa...

ESCENA VII

EUCLIÓN Y CONGRIÓN

Euclión.—(Regresando de la plaza.) Hoy, por fin, me decido a realizar una corazonada y sacar el vientre de pena, en ocasión de la boda de mi hija. Voy a la plaza y pregunto el precio del pescado: lo venden caro; el cordero, caro; el buey, caro, y la ternera, el atún y el cerdo... ¡Todo caro! Y he aquí por qué todo era más caro: no había dinero. Salgo de allí furioso, por no poder comprar nada. Así los he

apañado bien a esta cuadrilla de sinvergüenzas. Después, deshaciendo mi camino, púseme a meditar: si te muestras pródigo durante la fiesta, tendrás que ayunar los demás días. Una vez hecha dicha reflexión a mi vientre y a mi conciencia, he vuelto a mi decisión primera de conceder mi hija en matrimonio con tan poco gasto como me sea posible. Ahora compré este poco de incienso y unas coronas de flores; serán puestos al fuego en honor de nuestro dios Lar, para que haga dichosa la boda de mi hija. (*Apercibiéndose del alboroto que reina en su casa.*) Pero, ¿qué veo? ¿Abierta nuestra casa? ¡Y cuánto ruido dentro! ¡Desdichado de mí! ¿Me estarán saqueando?

Congrión. — (*Desde dentro, a Estúfita.*) Pide, por favor, una olla más grande a los vecinos. Esta es pequeña y no cabe nada en ella.

Euclión. — (*Aparte.*) ¡Triste de mí! ¡Muerto estoy, por Hércules! Me roban el oro, buscan la olla. Me muero si no me apresuro a correr hacia adentro. ¡Socórreme, Apolo! ¡Ayúdame! Atraviesa con tus saetas a esos ladrones de tesoros, si ya socorriste a alguien en un caso semejante antes de ahora. Pero, ¿qué hago? ¿Es que me detengo en vez de correr, antes de que acaben de matarme? (*Entra corriendo en su casa.*)

ESCENA VIII

ÁNTRAX

Antrax. — (*En la puerta de la casa de Megadoro.*) ¡Bromón, escama el pescado! ¡Maquero, quita las espigas al congrio y el caparazón a la lamprea! ¡Lo más rápidamente posible! Yo voy a pedir prestado el molde de cocer el pan, aquí al lado. (*A Congrión.*) Y tú, si sabes lo que te haces, vas a desplumarme este gallo hasta dejármelo más liso que un bailarín depilado. (*Oyendo rumores y voces en casa de Euclión.*) Pero, ¿qué es este ruido que sale de ahí al lado? ¡Por Hércules! Me imagino que los cocineros deben hacer de las suyas. Huyo hacia adentro. no sea que estalle aquí un barullo semejante.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

CONGRIÓN

Congrión. — (*Saliendo de casa de Euclión.*) ¡Ciudadanos y amigos, habitantes de la ciudad y de los pueblos vecinos! ¡Y vosotros, forasteros! Dejadme paso para que pueda escapar. Haced que todas las calles se hallen libres a mi paso. Nunca hasta hoy había entrado en una cocina de locos en plena locura. Tanto a mí, ¡desgraciado!, como a mis ayudantes nos han machacado a garrotazos. Estoy molido, y bien muerto: de tal forma este viejo ha hecho de mi su gimnasio. Jamás vi repartir leña con tanto brío; lo que es a todos nosotros, a mí y a ellos, hízonos salir cargados de bastón. (*Viendo que sale Euclión persiguiéndole.*) ¡Ah, muerto estoy! ¡Triste de mí! El loco abre la puerta. Ya está aquí. ¡Me persigue! Sé lo que tengo que hacer: me lo enseñó él mismo, como maestro que es.

ESCENA II

EUCLIÓN Y CONGRIÓN

Euclión. — (*A Congrión, que huye.*) ¡Ven aquí! ¿Adónde huyes, ahora? ¡Detenle, cogedle!

Congrión. — ¿Por qué gritas, imbécil?

Euclión. — Quiero denunciarte ahora mismo a los triunviros (56).

Congrión. — ¿Y por qué?

Euclión. — Porque te llevas un cuchillo.

Congrión. — Nada es de extrañar en un cocinero.

Euclión. — Y, además, ¿por qué me amenazaste?

Congrión. — En eso, verdaderamente, creo haber obrado mal, por no haberte aguiereado el costado.

Euclión. — No existe en el mundo un hombre tan

malvado como tú. Ni otro al que yo, deliberadamente, maltratase con más ahínco.

Congrión. — ¡Por Pólux! Bastante se ve, aunque lo callaras. ¡Tus actos bien lo acreditan! Así, a garrotazos, me has dejado más blando que un fruto maduro. Pero, ¿qué derecho tienes a tocarnos, por-diosero?

Euclión. — ¿Cuál? ¡Y aún lo preguntas? ¿Por ventura porque he hecho menos de lo que tenía que hacer?

Congrión. — ¡Deja! Que, ¡por Hércules!, esto ha de costarte caro si esta cabeza sigue en su sitio.

Euclión. — ¡Por Pólux! Ignoro lo que vendrá después. De momento tu cabeza está como debía. Pero, veamos. ¿Por qué entrabas en mi casa, estando yo fuera, sin que yo te lo ordenara? ¡Quiero saberlo!

Congrión. — Pues, calla. Hemos venido a cocinar para las bodas.

Euclión. — ¿Qué te importa a ti, malvado, si yo como crudo o cocido? ¿Eres acaso mi tutor?

Congrión. — Deseo saber si nos dejas o no hacer la cena.

Euclión. — Y yo deseo saber si todo lo mío no sufrirá daño alguno en mi casa.

Congrión. — ¡Ojalá lo pudiera, aunque sólo fuese sacar sin daño alguno lo que de mi traje a tu casa! ¡No siento no poseer lo que es tuyo!

Euclión. — (Irónicamente.) Lo sé. No me lo digas. Lo conozco.

Congrión. — ¿Qué motivos tienes para privarme de hacer la cena? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos dicho en contra de tu voluntad?

Euclión. — ¿Y lo preguntas, pillo, después de haberos metido por todos los rincones de la casa, de haber entrado en todas las habitaciones? Si hubieras permanecido allí donde tenías tu trabajo, en los fogones, no hubieras salido con la cabeza abierta. ¡Te está bien! Y ahora, para que no puedas ignorar mi decisión: si das un paso hacia la puerta sin que yo te lo mande, te haré el más desgraciado de los mortales. Ahora ya conoces mi resolución. (Entra.)

Congrión. — (A *Euclión.*) ¿Adónde vas? ¡Vuelve

acá! (Solo.) Así me abandone Laverna si (57), en el caso de que no me mandes volver a las cacerolas, no armo ahora aquí un alboroto frente a tu casa. (Solo.) ¿Qué haré ahora? ¡Por Pólux! En mala hora vine aquí. ¡Me contraté por una moneda y tendré que gastar más en médico!

ESCENA III

EUCLIÓN Y CONGRIÓN

Euclión. — (Vuelve a salir, abrazando la olla bajo el manto.) Esto, ¡por Hércules!, vaya donde vaya, irá conmigo. ¡Lo llevaré siempre en mi compañía! Nunca permitiré que esté ahí, entre peligros tan grandes. (A *Congrión.*) Ahora ya podéis entrar todos, cocineros y flautistas. Haz entrar, si así lo deseas, aunque sea todo un rebaño de esclavos. De ahora en adelante, cocinad y trabajad. ¡Apresuraos tanto como gustéis!

Congrión. — Sí, ahora que me has abierto la cabeza a garrotazos.

Euclión. — ¡Adentro! Habéis sido contratados para trabajar y no para charlar.

Congrión. — ¡Vaya con el viejo! ¡Por Hércules!, que he de exigir que me pagues por los garrotazos. Me contraté para cocinar, no para recibir golpes.

Euclión. — Llámame a juicio si quieres, pero no me canses más. Vete a preparar la cena, o márchate de esta casa. ¡Y hazte crucificar de una vez!

Congrión. — Para ti lo deseo.

ESCENA IV

EUCLIÓN

Euclión. — (Estrechando la olla contra su pecho.) Se ha ido. ¡Dioses inmortales! ¡En buen lío se mete el que, siendo pobre, se lanza a tener tratos o negocio con hombre rico! ¡Megadoro, por ejemplo, me

compromete siempre que puede, infeliz de mí! Ha fingido enviar, por cortesía hacia mí, esos cocineros. Para esto los ha enviado: para que me la robaran. Y todavía el gallo... quiero decir el gallo propiedad de la vieja... por poco me echa a perder. Adonde estaba ésta (*designando la olla*), por allí cerca púsose a escarbar con las uñas. ¿Se necesitan más palabras? El corazón se estremeció de espanto. Cojo un palo y dejo al gallo medio muerto, como ladrón sorprendido en flagrante delito. ¡Por Pólux! Seguro estoy de que los cocineros habían ofrecido al gallo una recompensa si les descubría el escondrijo. ¡Les he arrancado el arma de la mano! ¿Se necesitan más palabras? El gallo ha sufrido el peso de la batalla. Pero, ved a Megadoro, mi yerno, que viene de la plaza. Ahora ya no me atrevería a pasar delante suyo sin pararle y hablar con él.

ESCENA V

MEGADORO y EUCLIÓN

Megadoro.—(*Sin ver a su futuro suegro.*) He anunciado a muchos amigos míos mi resolución respecto a este acontecimiento. Todos abundan en elogios de la hija de Euclión diciéndome que he obrado sabiamente y con gran acierto. Estoy convencido de que si todos hicieran lo mismo que yo, y los ricos tomaran por esposas sin dote a las hijas de los pobres, la ciudad sería una balsa de aceite, y a nosotros no se nos miraría con envidia como ahora. Las mujeres nos mirarían con más respeto y nosotros no malgastaríamos tanto dinero. Sería lo mejor para la mayoría. Las discusiones vienen de unos pocos codiciosos cuya avaricia y voracidad no hay ley ni zapatero que logren poner a la medida. Y si alguien dice: «¿Con quién se casarán entonces las ricas con dote si se otorga este privilegio a las pobres?», yo les diré: ¡que se casen con quienes quieran mientras su dote no pese en la decisión! Si se obrara así, adquirirían mejores costumbres, para ofrecerlas en vez de la

dote que ahora llevan. Yo haría que sus mulos, más caros ahora que los caballos, se vendieran a más bajo precio que los caballos capones de la Galia.

Euclión.—(*Aparte.*) ¡Los dioses me protejan como yo le escucho con agrado! ¡A eso le llamo yo hablar en favor del ahorro!

Megadoro.—Ninguno de ellos diría: «¿No te traje una dote muy superior al capital que tenías? Pues justo es que me facilites púrpura y joyas, criadas y esclavos, mulos y muleteros, lacayos y recaderos, cocheros en que pasearme.»

Euclión.—(*Aparte.*) ¡Qué bien conoce la vida de las grandes señoras! Deberían nombrarle prefecto de las costumbres femeninas.

Megadoro.—Pues lo dicho no es nada. Luego hay que añadir el momento en que vienen a presentar las cuentas. Aparecen el batanero, el bordador, el platero...; el tejedor de lino, los mercaderes de franjas, el que vende la tapicería; los tintoreros de escarlata, de violeta, de amarillo; los manguteros, los perfumistas, los corredores de lencería; los chapineros, los que cosen sandalias y los que las tiñen en malva, los compostureros. Todos van a tu puerta, todos piden; los que quitan las manchas y los zurcidores; los que venden sestenos y fajas... Cuando crees estar libre de esta gente, se acercan otros trescientos; los bolseros, los pasamaneros y los cajeros. Les haces pasar y pagas. Crees haber llegado ya al cabo, cuando llegan los tintoreros en azafrán... Siempre queda alguien que viene a pedir algo...

Euclión.—(*Siempre aparte.*) De buena gana le interrumpiría si no fuera por miedo a que se parara de pasar revista a las costumbres de las mujeres... Vale más dejarlo mientras tanto.

Megadoro.—Cuando has concluido con todos estos proveedores de fruslerías, viene como de propina el soldado a exigir la paga. Sales un momento y pasas cuentas con el banquero. El soldado sigue allí, sin comer, seguro de que ha de cobrar. Una vez ha echado cuentas el banquero, acaba uno siempre por estar en deuda con él. Se le dice al soldado que «otro día será». Estos, y muchos otros, son en las grandes

dotes las molestias y los gastos insostenibles. En cambio, una mujer sin dote permanece bajo la autoridad del hombre; las que vienen con dote gratifican a los maridos con danos y perjuicios. (*viendo a Euclión.*) Pero he aquí a mi suegro, a la puerta de su casa. ¿Como te va, Euclión?

Euclión.— (*A Megadoro.*) ¡Cómo he gozado oyéndote hablar!

Megadoro.— ¡Ah! ¿Me has oído?

Euclión.— Desde el principio, palabra por palabra.

Megadoro.— A pesar de todo, si has de seguir escuchándome, harías bien en presentarte un poco más atinado para la boca de tu hija.

Euclión.— Los que mantienen la elegancia a la altura del capital y el lujo a la altura de la fortuna, no olvidan de donde sañeron. Y, ¡por Pólux!, Megadoro, yo no puedo decir que en nuestra casa nadamos en la abundancia.

Megadoro.— Ya lo creo que sí. Y hagan los dioses que, aumentándolo más aún, te conserven cuanto ahora posees.

Euclión.— (*Aparte y retirándose un poco.*) Estas palabras no me gustan: «cuanto ahora posees». Sabe tan bien como yo mismo lo que tengo: la vieja se lo ha dicho.

Megadoro.— (*A Euclión.*) ¿Por qué te retiras a solas, apartándote de mí?

Euclión.— ¡Por Pólux! Estaba pensando en los motivos que tengo para quejarme de ti.

Megadoro.— ¿Qué estás diciendo?

Euclión.— «¿Qué estás diciendo?», me preguntas tú, que me has llenado de ladrones, ¡triste de mí!, todos los rincones de la casa. ¡Tú que has metido en mi casa quinientos cocineros, con seis manos cada uno! ¡La estirpe de Gerión! (53). Si Argos los vigilara, él, que era todo ojos, a quien Juno puso en otro tiempo de centinela a lo (59), se vería incapaz para vigilarlos. Además, una flautista que por sí sola secaría la fuente corintia de Pirene, si de ella saliera vino... ¡Y en cuanto a provisiones de boca...

Megadoro.— ¡Por Pólux! ¡Si hay comida para una legión! Hasta te hice enviar un cordero.

Euclión.— ¿El cordero? Estoy seguro que nunca hubo animal tan extraordinario.

Megadoro.— Deseo que me expliques lo que es un cordero extraordinario.

Euclión.— No tiene sino la piel y los huesos: tan debilitado lo tiene el hambre. Y aun se le pueden ver al sol las entrañas sin esperar a matarlo. Es transparente como una linterna púnica.

Megadoro.— Yo pagué para que lo mataran.

Euclión.— Pues lo mejor que puedes hacer es pagar para que lo entierren, porque creo que ya está muerto.

Megadoro.— Hoy quiero beber un trago contigo, Euclión.

Euclión.— Yo no beberé, ¡por Hércules!

Megadoro.— Pues yo haré que traigan de mi casa una olla de vino rancio.

Euclión.— No, ¡por Hércules!, que tengo por norma beber agua.

Megadoro.— Pues yo haré que quedes bien empapado, aunque sólo bebas agua.

Euclión.— (*Aparte.*) Le veo venir. Para poder dominarme a fuerza de vino, me dice ahora estas palabras. A fin de que luego lo que es mío cambie de domicilio. ¡No me cogerá por sorpresa! Lo esconderé en otro sitio, fuera de casa. Y le haré perder a la vez el trabajo y el vino.

Megadoro.— Si nada quieres de mí, voy a bañarme. Para llevar a cabo el sacrificio. (*Vase.*)

Euclión.— (*Solo.*) ¡Olla mía! ¡Por Pólux! ¡Cuántos enemigos tienes, tú y este oro que se te ha caído! Lo mejor que ahora puedo hacer, olla mía, es llevarte al templo de la Buena Fe. Te dejaré allí bien guardada. ¡Buena Fe, oh diosa, me conoces y yo a ti también! Procura ser digna de ti misma: no cambies de nombre si depositas esto bajo tu protección. Voy hacia ti, ¡oh diosa Buena Fe!, seguro de la confianza que tengo puesta en ti. (*Entra en el templo.*)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

ESTRÓBILO, esclavo de Licónides

Estróbilo. — He aquí la conducta de un esclavo digno: hacer lo que yo hago, cumplir lo ordenado por el amo sin tardanza ni enfado. Porque el esclavo que desea servir a su amo puntualmente debe preocuparse, en primer lugar, del amo, y después de sí mismo. Si le viene sueño, duerma pensando que es un esclavo. Porque cuando un esclavo está al servicio, como tal es mi caso, de un amo enamorado, si ve a su amo vencido por el amor, creo yo que para el esclavo no hay otra obligación que ésta: ponerle un freno para que salga con vida de la aventura, no empujarle hacia donde está inclinado. Es como los niños que aprenden a nadar, que se ponen flotadores de juncos para no cansarse tanto y poder mover más fácilmente las manos. De la misma manera veo yo que el esclavo debe servir de flotador de juncos a su amo enamorado, para que se sostenga y evite que se hunda al fondo. Téngase bien aprendida la voluntad del amo, de tal manera que sepan leer los ojos lo que la frente desea. Lo que él mandare, que se apresure a resolverlo más de prisa que las rápidas cuadrigas. Si tal hiciere, no necesitará conocer la dureza del látigo ni sacará con su sudor brillo a los grillos. El hecho es que mi amo está enamorado de la hija de este pobre Euclión; le han dicho ya que la han concedido por esposa a Megadoro. Yo he sido enviado aquí para observar, y comunicarle luego lo que suceda. Pues bien, sin que lo sospechen, voy a sentarme en esta ara sagrada. Desde aquí me será posible inspeccionar cuanto hacen a uno y otro lado. *(Sube en el ara y se sienta.)*

ESCENA II

EUCLIÓN y ESTRÓBILO, esclavo de Licónides

Euclión. — *(Sale del templo.)* ¡Oh, diosa de la Buena Fe, no reveles a nadie, sea cual fuere, que mi oro está aquí! No tengo el menor miedo que nadie lo halle: tan bien guardado está en el escondrijo. ¡Por Pólux! Sería buena presa para quien la encontrara: ¡una olla llena de oro! Pero, por favor, te ruego que lo impidas, diosa de la Buena Fe. Ahora tomaré un baño y me ocuparé del sacrificio. Que mi vecino no tenga que esperar. De esta manera, tan pronto el me mande el aviso, en seguida se llevará a mi hija a su casa. ¡Cuida, pues, diosa de la Buena Fe, ahora sobre todo, que pueda yo llevarme de nuevo mi olla intacta de tu lado! A tu lealtad he confiado mi olla; en tu bosque y templo sagrado la deposito. *(Vase.)*

Estróbilo. — *(Saliendo de su escondrijo.)* ¡Oh dioses inmortales! ¿Qué es lo que acabo de oír decir a este hombre? ¿Que ha escondido aquí dentro, en el templo de la diosa Buena Fe, una olla llena de oro? ¡Oh, tú te guardarás muy bien de serle más fiel que a mí! Según me parece, éste es el padre de la muchacha amada por mi amo. Voy a entrar en el templo, lo registraré todo para ver si en algún lugar encuentro este oro. Hay que aprovecharse mientras él está ocupado. Pero si lograra ponerle las manos encima, ¡oh diosa Buena Fe!, te ofreceré un jarro lleno de vino dulce. ¡Te lo prometo! Ahora bien: me lo beberé yo así que haya hecho la ofrenda. *(Entra en el templo de la diosa Buena Fe.)*

ESCENA III

EUCLIÓN

Eución. — (*Volviendo hacia el templo.*) No es porque sí que el cuervo canta ahora hacia mi izquierda. Escarbaba a la vez la tierra con las patas mientras graznaba a plena voz. En seguida púsose mi corazón a moverse al compás de una danza y a saltar dentro de mi pecho. Pero, ¿qué hago? ¿Por qué no corro?

ESCENA IV

EUCLIÓN y ESTRÓBILLO, esclavo de Licónides

Eución. — (*Sale del templo arrastrando a Estróbilo.*) ¡Afuera, lombriz, que acabas de salir arrastrándote de debajo de la tierra! Tú, que hace un momento no se te veía en parte alguna: ahora que apareces, perece. ¡Por Pólux! Escamoteador, yo voy a hacerte una mala jugarreta.

Estróbilo. — ¿Qué demonios te llevan? ¿Qué hay de común, viejo, entre tú y yo? ¿Por qué me empujas? ¿Por qué me arrastras? ¿Por qué motivos me apaleas?

Eución. — Saco de azotes, y aún lo preguntas? ¡Tú no vil ladrón! ¡sino ladrón tres veces!

Estróbilo. — ¿Yo? ¿Qué te he robado?

Eución. — Devuélvemelo en seguida.

Estróbilo. — ¿Qué quieres que te devuelva?

Eución. — ¿Y me lo preguntas?

Estróbilo. — Yo nada te robé.

Eución. — Pero eso que me has quitado, ¿me lo das o no?

Estróbilo. — ¿Qué es lo que tengo que darte?

Eución. — Te aseguro que no te lo llevarás.

Estróbilo. — No sé lo que me pides.

Eución. — (*Levantándose el manto.*) ¡Pónmelo aquí!

Estróbilo. — ¡Ah, en cuanto a eso, viejo, tú estás ya acostumbrado! (60).

Eución. — ¡Afloja esto, vaval! ¡Basta de melindres! No estoy ahora para bromas.

Estróbilo. — ¿Qué es lo que tengo que aflojar? Llámalo por su nombre sea lo que fuere. ¡Por Hércules!, que nada robé ni toqué tan siquiera.

Eución. — Enséñame las manos.

Estróbilo. — (*Mostrando las dos manos.*) Ya te las enseño. ¡Míralas!

Eución. — Ya las veo. Enséñame ahora la tercera.

Estróbilo. — Los malos espíritus y las furias han hecho presa en este viejo. ¿Ves como me haces una injusticia?

Eución. — Lo reconozco, y grandísima, por no haberte colgado en seguida. Pero todo vendrá si no confiesas.

Estróbilo. — ¿Qué es lo que tengo que confesar?

Eución. — ¿Qué te llevas de aquí?

Estróbilo. — Que los dioses me maten si me llevo nada tuvo... (*aparte*) y si no tuve la intención de llevármelo.

Eución. — ¡Ea, sacude tu capa!

Estróbilo. — Como quieras.

Eución. — No sea que lo lleves debajo de la ropa. (*Va para registrarle.*)

Estróbilo. — Registra por donde quieras.

Eución. — Con qué blandura habla este bribón para que crea que no ha robado nada. Ya conozco estas marrullerías. Vamos, otra vez: enséñame la mano derecha.

Estróbilo. — Toma.

Eución. — Ahora enséñame la izquierda.

Estróbilo. — (*Mostrando las manos.*) Aquí las tienes las dos.

Eución. — Bueno, no quiero ya registrar más. Devuélvemelo.

Estróbilo. — ¿El qué?

Eución. — ¡Estás bromeando! Sé que lo tienes.

Estróbilo. — ¿Que yo lo tengo? ¡Pero, qué?

Euclión.—No te lo diré. ¿Quieres que te recree los oídos? TENGAS lo que tengas de mí, ¡devuélvemelo!

Estróbilo.—Has perdido el juicio. Me has registrado como has querido, y nada tuvo has encontrado en mi poder. (*Hace un movimiento para marcharse.*)

Euclión.—Aguarda, escucha... ¿Quién hay allí? ¿Quién estaba contigo allá dentro? (*Aparte.*) ¡Muerto estoy, por Hércules! El otro lo está ahora revelando todo. Si dejas a éste, se irá de aquí. En último término, a éste ya le registré; no lleva nada. (*A Estróbilo.*) Vete a donde quieras.

Estróbilo.—¡Que Júpiter y todos los dioses te confundan!

Euclión.—Buena forma tiene éste de darme las gracias. Entraré, y voy a retorcer el cuello a tu compañero. ¿Huyes o no de mí vista? Te vas, ¿sí o no?

Estróbilo.—Me voy.

Euclión.—Procura que no vuelva a verte. (*Vuelve al templo.*)

ESCENA V

ESTRÓBILLO, esclavo de Licónides

Estróbilo.—Antes preferiría morir de mala muerte que dejar hoy de tender algún lazo a este viejo. Ahora ya no se atreverá a volver a esconder el oro en el templo. Antes se lo llevará, según creo, y cambiará el escondrijo. La puerta ha rechinado. Ya sale el viejo con su oro. Mientras, me arrimaré un momento hacia aquí, contra la puerta.

ESCENA VI

EUCLIÓN y ESTRÓBILLO, esclavo de Licónides

Euclión.—(*Sale del templo llevando la olla.*) Creía que la diosa Buena Fe era mercedora de toda la confianza, pero por poco no me da un chasco. Si

no es por el cuervo, ¡estaba apañado! ¡Ay, triste de mí! ¡Cómo desearía, ¡por Hércules!, que este cuervo viniera a encontrarme, para expresarle mi agradecimiento! De comer no le daría, porque sería igual que tirarlo. Ahora estoy pensando un lugar desierto donde esconder esto. Hay el bosque de Silvano, más allá de las murallas y apartado de todo camino, bien poblado de sauces. Allí escogeré un rincón. Decididamente, más he de fiarme de Silvano que de la diosa de la Buena Fe. (*Vase.*)

Estróbilo.—(*Saliendo de nuevo.*) ¡Muy bien, magnífico! Los dioses me salvan y procuran mi bien. Voy a ganarle la delantera, corriendo, y me subiré a un árbol. Desde allí verá dónde esconde el oro, el viejo. A pesar de que mi amo me ordenara estar aquí, es cosa decidida: más vale ganar unos azotes con algún beneficio. (*Sale por el mismo sitio que Euclión.*)

ESCENA VII

LICÓNIDES, EUNOMIA y FEDRIA

Licónides.—Ahora ya lo sabes todo, madre. Conoces mi caso con la hija de Euclión, tanto como yo mismo. Ahora, madre, vuelvo a rogarte lo que hace un momento te supliqué: comunícalo a mi tío, madre.

Eunomia.—Ya sabes que tus deseos son también míos. Y confío que mi hermano consienta en esto. Además, la petición es justa si todo es como tú dices: que aquella muchacha fue víctima de tus violencias estando tú embriagado.

Licónides.—¿Mentiría delante de ti, madre?

Fedria.—(*Desde dentro.*) ¡Ay, ama, que me muero! ¡El vientre me duele! ¡Juno Lucina, ampárame!

Licónides.—¿Oyes, madre? ¡Ahí tienes hechos más que palabras. Ya grita, va a dar a luz...

Eunomia.—Entra conmigo, hijo mío, a casa de mi hermano. Y no he de salir de ella antes de haber conseguido lo que tú me pides.

Licónides.—Anda, ya te sigo, madre. (*Se queda solo en la calle.*) Pero me pregunto dónde debe estar metido mi esclavo Estróbilo. Yo le ordené que me esperara aquí. De todas maneras, pensándolo bien, haría mal en enfadarme con él, pues a lo mejor trabaja en favor mío. Voy a entrar donde se está celebrando un consejo para decidir sobre mi destino.

ESCENA VIII

ESTRÓBILO, esclavo de Licónides

Estróbilo.—(*Llega corriendo.*) A los grifos (61), que habitan en montañas de oro, les supero yo en riquezas. Porque, por lo que toca a todos esos revezuelos, no quiero ni hablar de ellos: son la pobreza de la especie humana. Yo soy aquel gran rey Filipo. ¡Oh, día feliz! Cuando salí de aquí no ha mucho, llegué allí el primero con gran ventaja, pues pude instalarme en lo alto de un árbol, y desde allí mirar en dónde el viejo escondía el oro. En seguida de haberse ido, bajo del árbol... Desentierro la olla llena de oro y me marcho con rapidez. Veo al viejo que regresa a su casa, pero él no me ha visto, porque yo me separé un poco del camino. ¡Hola, ahí está en persona! Voy a guardar esto en mi casa. (*Vase.*)

ESCENA IX

EUCLIÓN Y LICÓNIDES

Euclión.—¡Perdido estoy, muerto y asesinado! ¿Qué camino tomaré? ¿Cuál no tomaré? ¡Detenedle, detenedle! Pero, ¿detener a quién? Y, ¿quién le detendrá? No sé nada ni veo nada. Voy como ciego y, ciertamente, no llevo a saber a dónde voy, dónde estoy o quién soy. (*Dirigiéndose a los espectadores.*) A vosotros os ruego, por favor, que os pongáis de mi lado, y me indiquéis quién me la quitó. (*A uno del público.*) ¿Qué me dices, tú? Me decido a creer-

te, porque en la cara te conozco que eres una persona de bien. ¿Qué hay? ¿Por qué reís? A todos os conozco, vos: sé que esto está lleno de ladrones que se esconden debajo de los vestidos y el almidón, y están sentados como si fueran gente honrada. ¿Nadie de éstos la tiene, pues? ¡Me has muerto! Dime, pues, ¿quién la tiene?... ¿No lo sabes? ¡Av, noble de mí! ¡Yo sí que estoy perdido y bien arreolado! Tanto afán, daño y tristeza me ha traído este día: ¡hambre y miseria! Nadie en el mundo está tan arruinado como yo. ¿Qué me importa la vida! ¡He perdido todo el oro que con tanto cuidado guardaba! Prescindí de mí mismo, de mis gustos, de mi manera de ser, y ahora otros se alegran de mi desgracia y de mi ruina. ¡No sé si podré resistirlas!

Licónides.—(*Anarte, saliendo de casa de su tío.*) ¿Quién es este hombre que aquí, frente a su casa, se queja gimiendo y lleno de tribulación? Pero, ¡si es Euclión! Ahora sí que estoy perdido. Todo se ha descubierto. Si no me equivoco, ya tiene él noticia de que su hija ha dado a luz. No sé qué hacer, si marcharme o quedarme, acercarme o huir de él. ¿Qué haré? No lo sé, ¡por Pólux!

ESCENA X

EUCLIÓN Y LICÓNIDES

Euclión.—¿Quién habla por aquí?

Licónides.—¡Soy yo, infortunado!

Euclión.—Más lo soy yo, y arruinado irremisiblemente. ¡Yo, sobre quien ha caído tanto daño y desgracia!

Licónides.—¡Ten valor!

Euclión.—¿Cómo podría tenerlo?

Licónides.—¡Esta pena que te aflige es obra mía! ¡Lo confieso!

Euclión.—¿Qué es lo que oigo?

Licónides.—Sólo la verdad.

Euclión.—¿Qué daño te causé yo a ti, joven, para

que obraras de esta forma, y me trajeras la desgracia a mí y a los míos?

Licónides.—Un dios fue el que me impulsó y me arrastró hacia ella.

Euclión.—¿Cómo?

Licónides.—Confieso que he obrado mal, y no olvido que soy merecedor de castigo. Por eso vengo a rogarte que, pacientemente, quieras perdonarme.

Euclión.—¿Cómo te atreviste a ejecutar semejante acto, a tocar lo que no era tuyo?

Licónides.—¡Qué le vamos a hacer! Ahora ya está hecho. Arreglarlo como si nada hubiese pasado ya no es posible. Convencido estoy de que era ésta la voluntad de los dioses. Porque si ellos no lo hubieran querido, estoy seguro de que no hubiera pasado.

Euclión.—Pues yo estoy convencido de que lo que los dioses desean es que te haga morir encadenado en mi casa.

Licónides.—¡No hables así!

Euclión.—Pues, ¿por qué la tocabas si yo no lo quería? Ella era mía.

Licónides.—Lo hice por culpa del vino y del amor.

Euclión.—¡Ah, gran atrevido! ¿Es con este discurso que te atreves a acercarte a mí, desvergonzado? Si esto es ley, y pudiera excusarme, podría arrancar en pleno día a las mujeres sus joyas, públicamente. Luego, si nos detenían, daríamos por excusa de que lo habíamos hecho a impulsos del amor, como tú dices. ¡A buen precio van el vino y el amor, si al borracho y al enamorado les es permitido llevar a cabo impunemente cuantas fechorías les venga en gana!

Licónides.—Pero considera cómo vengo ahora voluntariamente y con humildad a ponerme a tu disposición, por mi acto reprensivo.

Euclión.—No me gustan las personas que salen con excusas después de haber hecho el daño. Bastante sabías tú que no era tuya. Por tanto, no tenías por qué tocarla.

Licónides.—Pues ya que me he atrevido a tocar-

la, no alego otra razón: sino el deseo de guardarla para siempre.

Euclión.—¿Que vas a guardarla tú contra mi voluntad, siendo mía?

Licónides.—No pretendo obtenerla contra tu voluntad, pero considero que me pertenece. Además, Euclión, te digo que tú mismo te convencerás en seguida de la necesidad de que ella sea mía.

Euclión.—En seguida, por cierto, yo te arrastraré delante del pretor. Y, ¡por Hércules!, te aseguro que te llamaré a juicio si no me devuelves...

Licónides.—¿Yo? ¿Qué es lo que tengo que devolverte?

Euclión.—Lo que me has robado y era mío.

Licónides.—¿Que yo te robe algo que era tuyo? ¿Dónde? ¿Qué es ello?

Euclión.—(Irónicamente.) ¡Que Júpiter me desee tanto bien como tú lo ignoras!

Licónides.—Como no me digas tú lo que me reclamas...

Euclión.—Lo que te exijo es la olla y el oro. ¡Lo que tú mismo has confesado haberme robado!

Licónides.—¡Por Pólux! Ni lo he dicho ni hice semejante cosa.

Euclión.—¿Lo niegas, ahora?

Licónides.—¡Ya lo creo! Lo niego mil veces. Ni el oro ni esta olla de la que me hablas, no sé qué cosa es ni oí nunca hablar de ello.

Euclión.—¡Vamos! La que desenterraste en el bosque de Silvano. Anda, devuélvemela. Me avengo en partir contigo la mitad. Aunque a mis ojos no seas más que un ladrón, no por eso he de inquietarte. ¡Anda, hombre: ve a buscarla!

Licónides.—Tú no estás en tu juicio al llamarme ladrón. Yo, Euclión, creía que estabas al corriente de otra cuestión que me concierne. Es algo muy importante que deseo tratar contigo con toda calma, si tienes tiempo.

Euclión.—Dime en buena fe: ¿no me has robado tú el oro?

Licónides.—¡En buena fe, te lo prometo!

Euclión.—¿Ni sabes quién lo ha robado?

Licónides. — ¡En buena fe, tampoco!

Eucyon. — ¡Y si supieras quien se lo ha llevado, ¿me lo darías?

Licomides. — No dejaría de hacerlo.

Eucyon. — ¿Ni aceptarías tampoco una parte del que lo tiene? ¿Ni encubrirías al ladrón?

Licomides. — ¡Exactamente!

Eucyon. — ¿Y si me engañas?

Licomides. — Entonces, que el gran Júpiter haga de mí lo que le parezca.

Eucyon. — ¡A mí me basta. Dime ahora lo que quieras.

Licomides. — Si tú ignoras quién soy yo y a qué linaje pertenezco, te dire que aquí habita mi tío materno: megácloro. (*Señala su casa.*) Mi padre era Anumaco. Yo me llamo Licónides, y mi madre es Eunomia.

Eucyon. — Conozco la familia. Pero, ¿qué se te ofrece? No desco saber otra cosa.

Licomides. — Tu tienes una hija.

Eucyon. — En efecto; en casa está.

Licomides. — La prometiste, según creo, a mi tío.

Eucyon. — Estas al corriente de todo.

Licónides. — Traigo, pues, el encargo de mi tío de que renuncia a ella.

Eucyon. — (*Furioso.*) ¡Renuncia a ella, cuando todo está listo y la ceremonia preparada! ¡Que todos los dioses inmortales y las diosas, unidos, le confundan! Por culpa suya, ¡triste de mí!, he perdido hoy todo aquel oro.

Licomides. — ¡Y tranquilízate! No te desesperes. Antes di: «¡Que los dioses lo desean!», para que todo vaya bien y felizmente para ti y tu hija.

Eución. — ¿Que los dioses lo desean?

Licónides. — ¡Y así los dioses lo desean también para mí! Ahora, escúchame. Cuando un hombre se ha permitido una mala acción, nadie hay tan ruin que no se avergüence de ello y no procure justificarse. Por lo que más quieras, Eución: si en mi locura hice algún daño contra ti o contra tu hija, perdónamelo y concédemela por esposa. Tal como la

ley ordena. Lo reconozco: abusé de tu hija la víspera de Ceres. El vino, el ímpetu de la juventud...

Eución. — ¡Ah!, ¿que escucho? ¿Qué funesta noticia?

Licónides. — ¿Por qué ese llanto? Yo hice que fueras ya abuelo en las bodas de tu hija. Porque tu hija ha dado a luz, a los nueve meses. Lucha la cuenta. He aquí por qué mi tío devolvió su palabra, por mí. Entra y entérate de si ha ido todo tal como yo te digo.

Eución. — ¡Estoy perdido! ¡Tantas desgracias se unen a mi desgracia! Voy a entrar y conocer por mí mismo lo que hay de cierto. (*Entra en su casa.*)

Licónides. — Entro contigo. (*Solo.*) Parece que todo va viento en popa. Pero no sé qué se habrá hecho de mi esclavo Estróbilo. Tendré que esperar-me aquí un momento. Luego iré con Eución. Mientras tanto, él tendrá tiempo de informarse de los hechos por boca de la vieja que acompaña a la muchacha. Ella sabe cómo ha ido todo.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

ESTRÓBILO, esclavo de Licónides, LICÓNIDES
y EUCLIÓN

Estróbilo. — ¡Dioses inmortales, cuán grandes alegrías me proporcionáis! Tengo una olla de cuatro libras, cargada de oro. ¿Quién es más rico que yo? ¿Hay, por ventura, en Atenas alguien a quien los dioses le sean más favorables?

Licónides. — (*Aparte.*) Me ha parecido oír por aquí la voz de alguien que hablaba.

Estróbilo. — (*Aparte.*) ¡Alto! ¿No es mi amo éste que veo?

Licónides. — ¿No es éste mi esclavo?

Estróbilo. — Es él en persona.

Licónides. — Le conozco bien.

Estróbilo. — Acercquemonos.

Licónides. — Me apresuro. Creo que, tal como le dije, habrá ya visto a la vieja, el ama de la muchacha.

Estróbilo. — ¿Por qué no he de decirle que encontré tan rico botín? En consecuencia, le pediré que me conceda la libertad. Voy a hablarle. (*A Licónides.*) He encontrado...

Licónides. — ¿Qué es lo que has encontrado?

Estróbilo. — No lo que los niños dicen haber encontrado en las habas.

Licónides. — ¿Ya empiezas a bromear, como es tu costumbre? (*Hace como quien va a marcharse, enojado.*)

Estróbilo. — ¡Amo, espérate! Voy a contártelo. Escucha.

Licónides. — Vamos, pues. ¡Habla!

Estróbilo. — Hoy encontré, amo, un tesoro grandísimo.

Licónides. — Pero, ¿dónde?

Estróbilo. — Una olla, te digo, de cuatro libras, cargada de oro.

Licónides. — ¿Qué me cuentas?

Estróbilo. — La robé a Euclión, al viejo de aquí.

Licónides. — ¿Dónde está ese oro?

Estróbilo. — Dentro de un arca, en mi casa. Ahora desearía que me concedieras la libertad.

Licónides. — ¿Que yo te conceda la libertad, cúmulo de malas obras?

Estróbilo. — Basta, amo. Ya veo cuáles son tus propósitos. ¡Por Hércules!, que ya probé la medida de tus sentimientos. Te preparabas ya a arrancármelo. Pues, ¿qué harías si de veras lo hubiera encontrado?

Licónides. — ¡Nada de historias! ¡Venga ese oro!

Estróbilo. — ¿Que devuelva yo el oro?

Licónides. — ¡Tráelo, te digo, para devolverlo a su dueño!

Estróbilo. — ¿Oro? ¿De dónde quieres que lo saque?

Licónides. — Del arca donde lo tienes guardado.

Estróbilo. — ¡Por Hércules! ¿No me conoces todavía, que acostumbro a bromear? ¡Palabra!

Licónides. — ¿Sabes lo que te va a pasar?

Estróbilo. — Ni que me mates, ¡por Hércules! Nada obtendrás de mí (62).

Licónides. — Lo obtendré a pesar de todo. Porque voy a atarte y te colgaré de una viga por el cuello. No sé cómo me detengo en cogerte por el pescuezo hasta que saques dos palmos de lengua. ¿Me lo vas a dar? ¡Contesta!

Estróbilo. — Bueno; ya te lo daré.

Licónides. — Lo quiero ahora mismo, sin demora alguna.

Estróbilo. — Está bien. Te lo daré, pero deja que recobre las fuerzas. ¿Qué quieres que te dé?

Licónides. — ¿Es que no lo sabes? Quiero que me entregues esa olla, llena de oro, que dices haber robado. ¿Te atreverás ahora a negarlo? Voy a llamar a los azotadores.

Estróbilo. — Escucha, amo, unas palabras...

Licónides. — No quiero saber nada. ¡Que vengan los azotadores! ¡En seguida!

ESCENA II

LICÓNIDES, ESTRÓBILLO, esclavo de Licónides,
y AZOTADORES

Azotadores. — A tus órdenes, señor.

Licónides. — Preparad los hierros.

Estróbilo. — Déjame hablar, primero. Luego, que hagan de mí lo que quieran.

Licónides. — Bueno, habla. Pero de prisa.

Estróbilo. — Si me haces morir en el tormento, no conseguirás nada. Perderás a tu esclavo, pero no obtendrás lo que deseas. En cambio, si me hubieras escuchado y concedido mi libertad, te hubieses sentido satisfecho. Todos deseamos ser libres, puesto que la Naturaleza nos ha hecho a todos iguales. Ansiamos todos la libertad. Nada hay más nefasto que la esclavitud. Y Júpiter castiga sobre todo a los hombres víctimas de sus vicios.

Licónides. — Lo que dices puede que sea verdad.

Estróbilo. — Pues escucha aún estas palabras: en

el mundo hay hombres excesivamente egoístas, a los que yo llamo Harpagones y Tántalos, que no son más que unos miserables, a pesar de verse rodeados por la abundancia. Nada les satisface, aunque tuvieran en sus manos las riquezas de Midas o de Cresos. Ni el tesoro del Imperio persa bastaría a colmar su sed. De ahí viene la injusticia reinante. Esos hombres avaros cierran bajo diez llaves la despensa, la bodega y las alacenas. No es raro que tengan esclavos ladrones, pillos y malvados, prontos siempre a hurtarles lo que a duras penas dan a sus propios hijos, y menos a otros. Y así se les ve siempre humearlo todo y ver de acabar si pueden con lo que sus amos poseen. Llevan a cabo mil bribonadas que no confesarán nunca a pesar de los tormentos. Y se desquitan algo de su esclavitud mintiendo y burlándose de todos. De esta forma, yo creo que tan sólo la liberalidad puede hacer fieles a los esclavos.

Licónides.—No me ha parecido mal tu discurso, aunque ha sido más largo de lo que cabía esperar. Así, pues, si acaso te concediera yo la libertad, ¿me devolverías tú el oro?

Estróbilo.—Te lo prometo, pero delante de testigos. No lo extrañes, amo. Ya no me fio mucho de ti.

Licónides.—Sea. Que haya testigos, aunque sean ciento. Eso me da lo mismo.

Estróbilo.—Megadoro y Eunomía, venid aquí, por favor. Es cosa sólo de un momento.

ESCENA III

LICÓNIDES, ESTRÓBILLO, esclavo de Licónides, MEGADORO, EUNOMIA y AZOTADORES

Megadoro.—¿Me llamabas? ¿Estás ahí, Licónides?

Eunomía.—¿Qué ocurre, Estróbilo? Habla.

Estróbilo.—Os lo diré en seguida.

Megadoro.—¿De qué se trata?

Estróbilo.—Os llamé para que me sirváis como testigos. Si yo trajera aquí una olla de cuatro libras,

llena de oro, y se la entregara a Licónides, éste me concederá la libertad. Me lo has prometido, ¿verdad?

Licónides.—Es cierto.

Estróbilo.—(A los testigos.) ¿Oís vosotros lo que dice?

Megadoro.—Sí, ¡por Pólux! Lo hemos oído.

Estróbilo.—Licónides, ¿lo juras por el Supremo Júpiter?

Licónides.—¡Hasta dónde me lleva el haberme interesado por los males de los demás! Grandes son tus pretensiones. Sin embargo, haré cuanto desees.

Estróbilo.—Espera, todavía. No podemos fiarnos mucho de las palabras. Tenemos que firmar un contrato, delante de doce testigos y con un notario a la vista, para que lo escriba y lo firme, con mención del lugar y la fecha correspondiente. Y aun así es posible que encontremos algún sofista que pretenda negar lo sucedido.

Licónides.—Ponlo todo en regla tú mismo.

Estróbilo.—Toma ahora esta piedra.

Licónides.—Si te faltara a mi promesa, pido a Júpiter que me desposea de todo cuanto me rodea y me pertenece. Y me condene, si el caso llega, a quedarme solo en la defensa de la ciudad y su ciudadela. Y me arroje lejos de aquí, tal como yo arrojo ahora esta piedra. ¿Estás ya satisfecho?

Estróbilo.—Sí, por cierto. Estoy ya satisfecho. Voy a traerle en seguida el tesoro prometido.

Licónides.—Vuélvase como si te condujera Pegaso y regresa por el mismo camino. (Vase Estróbilo y los Azotadores desaparecen por el lado contrario.)

ESCENA IV

LICÓNIDES, MEGADORO y EUNOMIA

Licónides.—Causa desaliento a un hombre tan amigo del orden como yo el tener un esclavo como este, tan argucioso y presuntuoso. ¡Puede irse mi Estróbilo en libertad y dejarme en paz! Pero que me traiga esta olla cargada de oro, para que pueda

yo tranquilizar el alma de mi suegro Euclión, y me entregue él la hija que por obra mía es ahora madre. Pero, veo que ya regresa Estróbito con su olla bajo el brazo. Sí, la trae. ¡No cabe duda!

ESCENA V

LICÓNIDES, MEGADORO, EUNOMIA, ESTRÓBITO,
esclavo de Licónides, y EUCLIÓN

Estróbito.—Aquí tienes la olla de cuatro libras, cargada de oro. Tal como te prometí. ¡No dirás que he tardado mucho!

Licónides.—No has tardado, ¡por Pólux! ¡Qué tesoro inmenso tengo en mis manos! Aseguraré que contiene más de cuatro mil filipos de oro. Voy a llamar a Euclión sin perder tiempo. ¡Euclión! ¡Euclión!

Euclión.—(Desde dentro.) ¿Qué deseáis de mí?

Licónides.—Ven corriendo. Los dioses te favorecen. Tengo en mis manos tu olla.

Euclión.—¿La tienes o es que te burlas de mí?

Licónides.—Es verdad. La tengo. Sal de prisa, volando.

Euclión.—(Sale de casa corriendo.) ¡Oh, poderoso Júpiter! ¡Dios Lar de esta casa mía! ¡Y tú, Juno, reina de todas las diosas! ¡Y tú, Alcides, tesoro fiel de los justos! ¡Gracias por haberos acordado al fin de este triste viejo! ¡Ah, olla mía! ¡Qué alegres se sienten mis brazos de poderte abrazar de nuevo, y cuán dulces son los besos que te prodiga este viejo amigo! No me canso de tenerte abrazada, olla mía. ¡Oh, cara ilusión de mi corazón, que en un momento has logrado disipar todas mis penas!

Licónides.—He considerado siempre como un grave daño el no tener dinero. ¡Tanto si se trata de viejos como de hombres o de niños! A veces, la necesidad lleva a los pequeños a envilecerse, y a los hombres, a hurtar; a los ancianos, a mendigar. Pero bien veo que es peor todavía poseer más riqueza de la necesaria. Véase, si no, cuán grandes sinsabores

ha causado a Euclión esta olla de oro, que hace poco consideraba irremisiblemente perdida.

Euclión.—¿A quién deberé este señalado favor? ¿A los dioses, que protegen siempre al hombre noble y virtuoso, o a los hombres honrados que, con su amistad, nos colman de favores? Yo creo que a todos, y en primer lugar a ti, Licónides, que has hecho posible que recobre toda mi dicha. En pago de tus servicios y de tu corazón, te regalo esta olla. Sí, tómalala. Quiero que sea tuya, y que mi hija sea tuya también. Te doy todo cuanto poseo, delante de Megadoro y de su buena hermana Eunomia.

Licónides.—Con emoción acepto, Euclión, tus muestras de gratitud. Y mi deseo es corresponder a ellas y ser digno de quien es, desde ahora, mi suegro.

Euclión.—Me doy por satisfecho de que aceptes mis dones y amparaes en lo sucesivo a este viejo.

Licónides.—Este es mi deber, y mi orgullo será que la familia de Euclión sea también la mía.

Estróbito.—Falta sólo un detalle, mi amo. Y es que no te olvides de concederme la libertad.

Licónides.—Te lo prometí y lo has merecido. Eres libre, Estróbito. Ahora, entra en la casa y ordena que terminen la cena que había quedado a medio preparar.

Estróbito.—Espectadores: Euclión ya no es el mismo. Se ha vuelto noble y generoso. Sedlo también vosotros con los actores, y, si os ha complacido esta obra, aplaudid con sonoras palmadas.